

mo tiempo un vivo carmin cubrió sus mejillas, y tomando la mano de Jacobo, despierta le repitió sonriéndose lo que habia dicho dormida.

—¡Te amo!

Despues llevó la mano al lado izquierdo: la jóven sabia que allí se albergaba el corazon.

XIII.

El anillo simpatico.

Lo que Eva vió en su éxtasis fué como la revelacion de la naturaleza; el cielo, Dios, los ángeles se grabaron en su memoria, en su alma: tal vez esas tres palabras no expresaban más que una sola; hé aquí por qué citamos las tres.

Pero el milagro no se limitó á la perspectiva exterior.

Por la primera vez vió los pájaros, las flores, el cielo y la tierra bajo su verdadero punto de vista. Hasta entonces, sumida en la indiferencia, no habia podido apreciar Eva aquellas maravillas, porque para ver y admirar la creacion se necesita otra cosa más; amar.

A medida que se ensanchaba el círculo de objetos invisibles y materiales, aprendia Eva á discutir sobre cosas desconocidas para ella hasta entonces, porque las ideas nuevas hacen brotar palabras concernientes á ellas.

Esta educacion es la que llaman los fisiológicos una *trasfusion*.

Eva recibia todo de Jacobo; el doctor le enseñó el nombre de las plantas, de los animales, de las estrellas.

La refirió el poema de la creacion, y la jóven le escuchaba ávidamente, y adivinaba la ciencia de Jacobo porque la explicacion estaba impregnada de amor y simpatía.

En él estudiaba la naturaleza; en el pensamiento del maestro leia su propio pensamiento y las causas y efectos perceptibles ó imperceptibles, visibles ó invisibles.

La grandeza del universo y el espectáculo de la vida descrito por Jacobo la hacian comprender y amar á Dios, del que solo hasta entonces le habian hablado el canto de los pájaros, el perfume de las flores y los rayos vivificadores del sol de Mayo.

Además el doctor dió á Eva las obras de los poetas alemanes é ingleses para que en ellas estudiara á la naturaleza.

El idioma inglés le era tan familiar á Jacobo como el natal, y al cabo de dos ó tres meses sabia Eva pronunciar la palabra *te amo* en tres idiomas diferentes.

La imaginacion de la niña era como esas tierras vírgenes de América, que nada habian producido desde la creacion, y las que, hoy cultivadas, dan tres cosechas al año.

No solo Eva aprendia á ser sábia al lado de Jacobo, sino que cada dia se hacia más hermosa.

Anteriormente sus rasgados ojos, sus correctas facciones y las admirables formas de su cuerpo no producian otro efecto en los extraños que una impresion penosa y desagradable, porque carecian de expresion.

Pero el doctor la prestó una belleza más acabada; la del alma, la vida, el pensamiento.

Su fisonomía impasible y triste cambió por completo.

Esa sensacion á la cual dan los alemanes el nombre de *gammilth* y los ingleses el de *feeling*, ese sentimiento de afecto, de emocion, poetizó la forma al animarla.

No se veian ya aquellos rasgos frios é inmóviles que anunciaban la *nada* del pensamiento, sino varias individualidades, segun las impresiones que sentia, sobre todo al leer en el rostro de Jacobo la tristeza ó la alegría.

Con el amor se desarrolló la coquetería, que es la flor perfumada del cariño.

Eva, tan indiferente hasta entonces, empezó á cuidar de su adorno, y ella misma peinaba sus largos cabellos y estudiaba el modo de colocarlos con más gracia.

La intimidad en que vivia con Jacobo aumentaba aquella simpatía, haciéndola exclusiva y sin límites.

Estaban dominados por esa ley poderosa y universal que los sábios hacen extensiva á todo y los poetas solo á los individuos, llamada por los primeros *atraccion* y por los segundos *amor*.

Ni aun esa divina palabra, tan delicada y enérgica á la vez, pue-

de expresar bien la vida creada para aquellos dos seres por el lazo magnético; esa union misteriosa que se observa en los hermanos gemelos, todo lo que refieren los poetas de las simpatías del heliotropo por el sol, todo lo que los sábios han hablado de los vínculos de la luna con el Océano, seria pálido y daria una idea bastante débil de la casta identificacion de Eva y Jacobo.

Se adivinaban, se buscaban, se hablaban y se comprendian con el murmullo de las fuentes, con la melancolía de los bosques, con la armonía de la naturaleza.

Aspiraban á todo lo que se eleva y llega hasta el cielo; si uno estaba enfermo, el otro perdía la salud; si Jacobo sentia el rubor en su frente, el rostro de Eva se cubria de carmin.

La sonrisa de la felicidad aparecia al mismo tiempo en los lábios de los dos; se conmovian ambos en los mismos párrafos de un libro, y lo que pensaba el doctor, lo habia adivinado ya la jóven.

Formaban un sér y una sola existencia, y el lazo que los unia era un doble egoismo.

Podriamos decir que en una misma fuente absorbían la vida.

Jacobo, no sabiendo cómo expresar aquella igualdad de pensamientos, llamaba á Eva hermana y ella le apellidaba dulcemente hermano; pero aquellos nombres eran impotentes para caracterizar lo que no tiene nombre en la lengua humana.

Era una afeccion tan ideal, que algunas veces Jacobo no se atrevia por pudor á dirigir á Eva frases demasiado tiernas, y las comunicaba á los árboles y plantas, al lado de los cuales buscaba la jóven descanso y solaz.

Los árboles agitaban el follaje, y sus hojas y sus ramas murmuraban al oido de Eva los secretos confiados por Jacobo.

El magnetismo tiene señales y medios ocultos, como la antigua mágia, para trastornar el órden natural de las cosas, la perspectiva y los efectos; así pues, Jacobo empleaba para Eva aquel poder misterioso.

Daba á las rosas el perfume de las violetas, cambiaba el agua en vino, multiplicaba el pan en la mesa, hacia reverdecer los árboles, y todos estos milagros no existian sino en la imaginacion alucina-

da de su esclava, dando el resultado que anhelaba Jacobo, crear una atmósfera alrededor de Eva en la que solo dominara él, sirviéndose de esta influencia para la felicidad de su discípula.

Si se hacia el dios de Eva, era para concluir la obra del Criador, aun imperfecta.

Un dia en que Jacobo habia ido á una legua de Argenton á visitar á una pobre enferma, á la que era preciso hacer una operacion que duraria como dos horas, quiso probar hasta dónde llegaría la trasmision del pensamiento, y tomando una hoja de papel, cortó una pluma y escribió sin tinta, de modo que solo Eva pudiera leer lo siguiente:

«Me retrasaré dos horas: no estés inquieta, hermana querida, y espérame á las cinco al pié del árbol del bien y del mal.

»Tú hermano, JACOBO.»

Desde el dia en que la jóven se ruborizó por primera vez, el doctor bautizó al manzano con el nombre del árbol del paraíso.

La carta fué encomendada á Escipion, y el leal animal encontró á Eva á orillas del arroyo; la jóven desató la carta pendiente del cuello del perro, y á pesar de no ver señal ninguna de lo escrito, la leyó.

Eva no tenía reloj, pero sin interrogar ni al cielo ni al sol fué á sentarse en la loma al pié del árbol á las cinco ménos cinco minutos, y en el mismo instante entraba Jacobo por la puerta del jardin.

Al encontrar á Eva lanzó un grito de júbilo; su amada tenía el don de segunda vista.

Era una hermosa tarde de otoño. Los dos amantes eran muy felices viéndose y comunicándose las impresiones del alma; respiraban satisfechos y como si aspirasen las delicias celestes.

Eva comprendió, al ver el rostro de Jacobo solemne y grave, que sin duda pensaba decirle algo muy importante.

Efectivamente, mirándola con apasionada dulzura, la dijo:

—Eva, hasta hoy he ejercido un influjo sobre tí que era necesario para el desarrollo moral y físico de tus facultades; ahora debo renunciar á él, y desde este momento cesa el lazo magnético que te

liga á mí, devolviéndote la libertad de alma, de corazon y de pensamiento en toda su extension, tu libre albedrío, y por consiguiente no me obedecerás á mí, sino á tí misma.

Nunca hemos hablado de ese compromiso que el hombre contrae con la mujer y que se llama matrimonio; más tarde te explicaré los deberes de ese estado, pues ahora todavía estamos en los esponsales. Hasta hoy has vivido en la soledad, pero ya es tiempo de presentarte en sociedad para que allí puedas elegir el hombre que deba hacerte feliz.

—Jacobo, sabéis que es inútil, contestó Eva; mi prometido sois vos.

El doctor apoyó la mano de su amada sobre su corazon y sacó un anillo de oro de uno de sus dedos.

—Si esa es tu voluntad, Eva, tambien lo es mia; recibe, segun es costumbre, esta sortija, testigo de nuestro juramento; es el anillo de los esponsales.

Y colocó en el delicado dedo de la jóven un anillo magnetizado, para que cuando Eva pensara en Jacobo le viera aun cuando estuviera ausente; si no con los ojos del cuerpo, con los del alma.

¿Unde ortus?

Ya prometidos el uno al otro, debía surgir en su imaginación una idea gravísima, si no como un obstáculo, á lo ménos como manantial de inquietudes y dudas.

—¿De quién sería hija la pobre Eva?

Ya sabemos cómo había obtenido Jacobo del cazador y de su madre el depósito de la niña, y para lo cual habían tenido dos motivos poderosos: el primero y principal, el desentenderse de una carga inútil.

El segundo, más laudable, la esperanza de que Merey pudiera mejorar su estado.

Al encargarse de la idiota había ofrecido el doctor devolverla el día en que sus legítimos padres la reclamaran: estaba seguro de que ni el cazador ni su madre eran parientes de la niña, sino que calculando que jamás aquella naturaleza, aquel ser informe sería una mujer bella é instruida, su familia la había entregado á la anciana y á su hijo, y esto le hacía esperar que no la reclamarían.

Esta fué la causa de encerrar á Eva en aquel paraíso terrestre que el doctor había formado, y de no permitir que la vieran sino muy pocas personas.

Durante los dos primeros años, José y Magdalena se presentaron algunas veces en casa del doctor para informarse y ver á la niña; pero como entonces adelantaba de un modo casi imperceptible, perdieron la esperanza de que aquella masa inerte, sin voz y sin pensamientos, llegara á ser una criatura digna de figurar en la sociedad y dejaron de ocuparse de ella.

Después sería preciso culpar á Jacobo, porque su corazón hizo callar á su conciencia.

Cuando Eva empezó á adelantar rápidamente en su curación, no esperaba á que se presentaran José ni su madre, sino que él iba hasta la cabaña del cazador y les daba noticias de Eva.

Para hacerse amigo del cazador furtivo le regalaba ya una caja de pólvora, ya plomo menudo; y como eran cosas que no se atrevía José á comprar en la ciudad, las agradecía doblemente.

Cuando le preguntaban por la niña, el doctor contestaba evasivamente.

—Está un poco mejor; no pierdo la esperanza; la naturaleza puede mucho.

Y como el cazador miraba siempre á Eva como una masa de carne, se encogía de hombros y decía:

—¿Qué quereis, doctor, Dios dirá!

Y salían los dos á caza, no sin que el doctor dejara á la madre un bolsillo.

Volvia á su casa con dos ó tres liebres, tres ó cuatro conejos, y no hablaba á nadie de los habitantes del bosque.

Largo tiempo estuvo Eva sin ocuparse de su nacimiento, indiferente para esto como para todo; pero cuando su razón salió del limbo en que estaba sumergida, empezó á preocuparse de su origen.

Conservaba como un recuerdo vago de haber visto al cazador y á su madre en una de las últimas visitas que la habían hecho, pero aquel recuerdo no tenía nada de filial ni tierno, y si bien al saber por Jacobo Merey que había estado al lado de ellos dos años se lo agradeció, no sentía una voz interior que la dijera:

—Ese hombre es tu padre, esa mujer es tu madre.

Además, siempre que se trataba de este asunto, Jacobo cambiaba de conversación, y su semblante adquiría cierta expresión de disgusto, por lo que Eva no hizo más preguntas ni volvió á ocuparse de su familia.

En un carácter como el de Eva, tan impresionable, aquel silencio era extraño. Muchas veces la encontró Jacobo Merey silenciosa é inquieta; su corazón escuchaba una voz misteriosa que la decía:

—¿Quién eres?

El sér humano es tan débil, tan limitado, que para no asustarse de sí mismo tiene precision de buscar un punto de apoyo y raíces en aquellos que le han precedido en la tierra.

Necesita saber de dónde sale y por qué puerta ha entrado en la vida, y cuáles fueron los brazos que le sostuvieron al dar los primeros pasos.

Necesita el pasado, porque es suspicaz y de ahí nace el culto á los antepasados, lo mismo entre los indios que en todos los pueblos primitivos.

El hombre se considera ligado al árbol genealógico, y por esto de ese árbol cree que depende su suerte. El hijo es responsable del alma de su padre y de la suerte que le espera en el otro mundo; si cumple fielmente sus deberes hácia su raza es en favor de sí mismo.

Este es el motivo de que cada cual se interese en saber cuál es su origen y se afane por descubrir los blasones de sus abuelos.

Una de las cosas que debe preguntarse el hombre cuando reflexiona y está á solas consigo mismo, segun indica el sábio Linneo, es la siguiente:

—¿Undé ortus? ¿De dónde vengo?

Para contestar recurren los pueblos á la genealogía.

Todas las religiones antiguas son génesis; por medio de mitos más ó ménos transparentes refieren el origen del mundo, el nacimiento del hombre, la sucesion de las familias, representadas de generacion en generacion por un jefe.

Anudan, en una palabra, el hilo conductor que conduce al hombre hasta la eternidad.

Jacobo podia explicar á Eva los misterios de la naturaleza; la creacion del mundo, el origen de la tierra, la sucesion de los séres orgánicos é inorgánicos, desde los pólipos hasta los mamíferos.

Ayudado por la física, explicaba por el movimiento de los átomos la organizacion de las plantas y los estudios de los animales.

Si estas explicaciones no siempre eran exactas, por lo ménos estaban conformes con la ciencia, de la cual Jacobo no solo habia tocado, sino pasado los límites.

Pero cuando Eva le dirigia una pregunta mucho más sencilla, cuando su mirada ó sus lábios decian:

—¿Quién soy? ¿Quiénes son mis padres?

El sábio se callaba y confesaba su impotencia.

Cuentan que Pico de la Mirandola sostuvo una tésis durante tres dias. Habian recorrido el círculo de los conocimientos humanos, y la Mirandola habia desafiado á todos á que le hicieran caer en falta.

La envidia palidecia y se mordía los lábios á falta de otra cosa.

Los teólogos tomaron parte en la discusion.

La teología era una selva llena de emboscadas, en donde el más diestro podia caer.

Un pozo tenebroso en el que los mineros más diestros se resbalan; un zarzal en el cual el médico más hábil deja los girones de su levita. Pero él, tranquilo y grave, habia desafiado á los sofistas, desviado las redes, escapado á los dilemas y rechazado los artificios.

Entonces una cortesana, que habia asistido más por ser vista que por escuchar y ver, cansada de los exámenes, se levantó y dió á entender por señas que ella deseaba dirigir una pregunta al invulnerable sábio.

Un murmullo de sorpresa recorrió la asamblea.

Pico de la Mirandola, satisfecho con haber derrotado á sus adversarios en aquella célebre tésis, *De omni re scivili et de quibusdam aliis*, contempló con admiracion á la mujer que se atrevia á interrogarle, y una sonrisa desdeñosa se dibujó en sus lábios.

—¿Os serviriais decirme qué hora es? preguntó la cortesana.

Y la Mirandola tuvo que confesar que no lo sabia.

Pues lo mismo le sucedia á Jacobo Merey; sus estudios eran sólidos y universales, y parecia que habia asistido al consejo del Dios-Creador porque el origen y objeto de los séres, los elementos y la naturaleza en general le eran familiares, y pocas veces dudaba en sus explicaciones. Pero ignoraba el medio que debia emplear para averiguar el origen de su amada.

Estaba seguro que ni el leñador ni la leñadora pertenecian á su familia.

En 1792, á cuya época hemos llegado y que nos arrastrará en sus

alas de fuego, las razas no se habian mezclado aun en Francia como ha sucedido despues á consecuencia de la revolucion francesa.

Entonces existia lo que se llama tipo aristocrático, y si la nobleza se ha sostenido tan largo tiempo en ese país cuyas costumbres ligeras inclinan á la igualdad, ha sido precisamente por el orgullo de raza.

Sobre todo, las mujeres manifestaban su rango y nacimiento en su aire distinguido, y el cadalso de 93 lo hubiera confirmado así si esa herencia fisiológica necesitara confirmarse.

No se destruye lo que no se puede borrar

No quiero decir que fuesen superiores las familias nobles á las plebeyas; las primeras llevaban en sí el gérmen de la decadencia, mientras que las segundas, más puras, más vigorosas, aspiraban á la vida social.

Pero justo es decir que las antiguas familias de la nobleza tenían un tipo de belleza especial, efecto tanto de la educacion, como de la naturaleza.

La revolucion vió que la delicada belleza del tipo aristocrático ofendia al tipo popular, y no pudiendo modificarlo inmediatamente con alianzas de la clase media ó menestrala, lo segó.

Jacobo Merey, demócrata, socialista por excelencia, miraba en Eva la personificacion de este tipo.

San Bernardo acostumbraba dirigir como galantería religiosa los nombres y epítetos más dulces á la Virgen madre, y no encontrando uno más á propósito, dijo: *Vas electionis*.

Pues bien, esa perfeccion que hace de algunas mujeres los preciosos floreros de la naturaleza, tanto por la pureza de las formas cuanto por la delicadeza de los detalles, el doctor la encontraba desgraciadamente en su amada.

Las manos son rosadas, finas, transparentes; los dedos largos, afilados; el pié pequeño; el cuello de alabastro, esbelto como el del cisne, todo en fin acusaba en ella una raza superior, todo desmentia el origen plebeyo en que las circunstancias habian colocado á Eva.

Las opiniones políticas de Jacobo padecian con la confesion que se hacia á sí mismo, y sentia encontrar en la jóven rasgos de una

raza que detestaba, reprochándose el tener que admirar la belleza de aquel tipo opresor.

Hubiera dado diez años de su vida por negar el testimonio de sus propios ojos, desmentir á la ciencia y decirle á la naturaleza: mientes; pero se consolaba pensando que aquellas familias tan orgullosas con su nacimiento empezaban á declinar, y que la hermosura de sus facciones y la blancura de su cútis no impedian los humores linfáticos y las tristes enfermedades consecuencia de ellos.

Sabia por experiencia que si esas razas privilegiadas no se renovaban por las alianzas degeneraban y se extinguian.

Sabia que los hijos de la aristocracia nacian viejos, la mayor parte enfermos y con los huesos careados, y que los idiotas y las idiotas abundaban en los palacios, y despues de llegar á la decrepitud por los abusos, empezaba la nobleza á chocheár.

Las señales de esta decadencia las veia impresas en el rey, en el linfático Luis XVI, cuya bondad negativa ha sido caracterizada por Tácito hace mil setecientos años.

—Su virtud consistia en no tener vicios,

Idénticas señales de imbecilidad y languidez encontraba en la nobleza, la que impulsada por una mano superior é invisible, se empeñaba hacia cien años en destruir su salud y su fortuna.

Eva manifestaba francamente sus dudas.

—Ese hombre y esa mujer, decia aludiendo al leñador y su madre, me han cuidado como si fueran padres; pero nada me dice este, añadió poniendo la mano sobre su corazon; al contrario, permanece tranquilo; pues bien, la impaciencia me devora: Jacobo, me habeis dado la vida del cuerpo y del alma; antes de conoceros no vivia, vejetaba; habeis formado una criatura á imágen vuestra, pero loado sea Dios, no sois mi padre.

Y ruborizándose ligeramente, continuó:

—Vos que todo lo sabeis, mi bien amado Jacobo; vos, cuyas miradas penetran en lo más íntimo de la naturaleza; vos, que os elevais hasta los astros, que veis más allá que los demás hombres, decidme quién es mi padre.

Y Jacobo Merey se callaba porque no se atrevia á contestar.